

Con terror, la mirada
Clavó en su hermana Doña Luz.
— ¿Qué ha visto
O creído advertir en sus pupilas?...
Le aconsejó que huyese de aquel indio.

CANTO CUARTO.

I.

En la limpia armadura
De un grupo de guerreros
Dejaba el sol, al trasponer las lomas,
Su resplandor postrero.

Las flotantes cimeras
De los ferrados yelmos
Al viento de la tarde se agitaban
Con blando movimiento.

Como españoles, bravos,
Como soldados, crédulos,
Siempre el brazo á la lucha apercebido,
Y el alma á las consejas y á los cuentos,

Los del corro escuchaban
A un camarada viejo,
En su adarga los unos apoyados,
Y sentados los otros en el suelo.

II.

— ¿Dices que es un fantasma
Eso que anda de noche por el pueblo?
— No es otra cosa, á mi sentir: la sombra
De algún cacique muerto.

— Que es un indio no hay duda;
Lleva en la frente plumas, y su cuerpo...

— ¡Su cuerpo! ¿Acaso piensas
Que esa sombra impalpable ha de tenerlo?

— ¡Será posible!

— ¡Y tanto!

No es el primer espectro
Que, haciendo yo la guardia en los bastiones,
Se ha llegado hasta mí. Bien lo recuerdo.

La noche en que Garay venció á los indios
En aquel llano que se ve á lo lejos,

Vi muchas de esas sombras
Que cruzaban gimiendo entre los muertos.

La flor y nata de indios y caciques
Cayó en el lance aquél. ¡Si los espectros
No se hubieran entonces presentado,
No sé cuándo lo hicieran, voto al cielo!

No es de extrañar, por ende,
Que ese fantasma que de noche vemos,
Viniera á presagiar ruinas ó males,
Y es fuerza le arranquemos su secreto.

III.

Más que con los oídos,
Con los ojos oyeron
Los soldados absortos, las consejas
Del camarada viejo;

No quisieron los unos
Habérselas con muertos;
Pero los más serenos y esforzados,
No sin algún recelo,

En velar esa noche
Se pusieron de acuerdo,
Para tender una emboscada heroica
Al vagabundo espectro.

IV.

El último soldado
De los que por las calles discurrieron,
Se perdió en la penumbra de las chozas
Del villorrio desierto.

Cayó la noche, y embozado en ella
Quedó San Salvador. El viejo Tiempo
Sobre las altas horas se adelanta
Con paso soñoliento.

Todos duermen: las aves en el nido,
Los niños en el cielo,
En las cunas los ángeles
Y en las ramas inmóviles el viento.

Sólo vela el soldado
Que está de guardia en el bastión del pueblo,
Y algún perro que ladra, se levanta,
Y sobre el musgo tiéndese gruñendo.

Tranquila está la noche; las estrellas
Se ven brillar muy lejos;
Como una sombra que entre ruinas anda,
La luna entre las nubes va en silencio.

V.

Alguien también en vela está sin duda
Allá en un aposento
De la casa del jefe, en cuyos vidrios
Se proyecta una sombra por intervalos.

Es la del Padre Estéban,
Encarnación de aquellos misioneros
Que del reguero de su sangre hacían
La primer senda en medio del desierto,

Y marcaban el sitio
Hasta el cual penetraba el Evangelio,
Con el cadáver solo y mutilado
De algún mártir sin nombre y sin recuerdo.

La lumbre, en las paredes
Del aposento estrecho,
Dibujaba, con mano temblorosa,
Las formas sin color de los objetos;

Y la negra silueta
Del pensativo monje, sobre el suelo,
Obediente á la luz, se estremecía
Con un imperceptible movimiento.

Meditaba el anciano
Los destinos secretos
De aquella pobre raza moribunda
Que el abismo atraía hácia su seno.

Miraba el Crucifijo,
Símbolo dulce del amor eterno;
Interrogaba á sus cerrados ojos,
Y á su labio espirante y entreabierto,

Y entonces recordaba
Al indio de ojos de color de cielo;
Miraba en él su estirpe redimida
Y el clarëar de un horizonte nuevo.

Quizá advirtió en la frente del salvaje
El imborrable sello
Del bautismo del bosque, y en su alma
Vió brillar algo vacilante y trémulo.

¡Cuántas veces, sentado
Junto al indio infeliz, de sus recuerdos
El enjambre dormido despertaba
Con sólo una palabra ó un consejo!

¡Cuántas veces el indio
Sus pupilas clavó en el misionero,
Pugnando por secar entre sus ojos
Gotas de llanto con esfuerzo interno,

Y bebió sus palabras
Inmóvil y suspenso
Cuando su oído absorto recogía
El tierno són de los cristianos rezos!

Cuando el indio escuchaba
El nombre de la Madre del Eterno,
Madre también del hijo de los bosques,
Virgen que vive en el azul inmenso,

Entonces se agitaba,
Se incorporaba, y del anciano al cielo,
Y de éste nuevamente hasta el anciano
Pasaban sus miradas. En el viejo

Por fin clavaba los azules ojos
Con triste desaliento,
Y escondiendo la frente entre los brazos,
Se tendía clamando: ¡No la encuentro!

.....
El fraile meditaba, meditaba
Con desolado empeño.
Cuando creía su ilusión cumplida,
Tocaba lo imposible y el misterio.

VI.

De pronto, penetró por la ventana
 Algo como un lamento
 Que el monje ya otras noches había oído,
 A una vana ilusión atribuyéndolo;

Pero en aquella noche, claramente
 Al oírlo de nuevo
 Se llegó á la ventana premuroso
 Y la abrió con estrépito.

Una sombra medrosa, entre los árboles,
 Se levantó del suelo,
 Y, esquivando la luz, huyó hácia el río
 Como empujada por extraño vértigo.

Las plumas que en su frente
 Hacía mover el viento,
 Denunciaron la forma de un charrúa
 Que conoció al instante el misionero.

Miró á la alcoba en que dormía Blanca,
 Miró en seguida al cielo,
 Y una oración cruzó, sin hacer sombra,
 La inmensa soledad del firmamento.

¿Quién es ese charrúa? Es la fantasma
 Que han visto los guerreros,
 Y que acertaron al mirar en ella
 Una sombra, un espectro:

Es *Tabaré* que, cuando todo duerme,
 Huye de sus ensueños;
 Vaga en lo obscuro, huyendo de sí mismo,
 Y llevando la fiebre en el cerebro,

Hasta caer, guiado noche á noche
 Por un instinto ciego,
 Allí, frente á la casa de Gonzalo,
 Donde hasta el alba permanece yerto.

De la casa del jefe
 Tendido junto al cerco,
 ¡Cuántas noches lloraron su rocío
 De aquel charrúa sobre el cuerpo enfermo!

Allí el *ñacurutú* lo contemplaba
 Con sus ojos de fuego,
 Y, sin temor, las alas agitando,
 Muy cerca de él pasaba el teru-tero.

Allí el aire del río
 Penetraba en sus huesos,
 Y la luz de la luna lo miraba
 Con amor impotente desde el cielo.

Allí estaba la noche
 En que oyó el Padre Esteban su lamento,
 Y al verse sorprendido, huyó sin rumbo,
 Sobrecogido de un pavor intenso.

De su amor imposible,
 De su desconocido sentimiento
 Volaba ante la sombra, que sentía
 Correr tras él, asida á sus cabellos;

Las carnes erizadas,
 Temblorosos y rígidos los miembros,
 Dilatadas y ardientes las pupilas,
 Corría tropezando y sin aliento.

Las sombras de los árboles
 Que la luna trazaba sobre el suelo;
 Las zarzas que sus pies ensangrentados
 Mordían, al romperse con estrépito;

Los ladridos agudos
De los perros despiertos;
Las aves que, á su paso, levantaban
De aquí y de allá su sonoro vuelo;
Todo atronaba el exaltado oído,
Todo enconaba el vértigo
De *Tabaré* el charrúa, que seguía
Su carrera sin rumbo y sin objeto.

VII.

Los soldados que el golpe concertaron,
A su paso febril se interpusieron,
Asestando sus picas y arcabuces
A su desnudo pecho.

Los dilatados ojos
Clavó el salvaje en ellos,
Escondido en la sombra proyectada
Por un grupo de ceibos.

La fiebre comprimía su cabeza
Con sus dedos de acero,
Y un temblor convulsivo sacudía
Sus ateridos miembros.

—¡Dinos quién eres!

—¡Háblanos!

—Si eres fantasma bueno,
¡Habla, en nombre de Dios!

—Si no respondes,

Espíritu infernal te juzgaremos!

—¡Dale tú con la lanza,
Veremos si habla; hiérello!
Y por si fuere espíritu maligno,
El signo de la cruz haz en el hierro.

—Cuida que no te esquivé,
Porque mucho me temo
Que nos haga cegar. Este fantasma
Al irse ó estallar puede ofendernos.

—¡Cá! No tiene bastante
Potestad para eso.
¿No ves que está temblando? ¿No lo sientes?
¡Herir con brío! ¡No tenerle miedo!

.....
Cual tigre acorralado,
Volvía el indio su mirar de fuego,
Todo el furor salvaje
Sintiendo en su alma y en sus duros nervios;

Y el asta de la lanza
Dirigida á su pecho,
Como por un zarpazo arrebatada
Crujió y saltó en astillas de sus dedos.

Aunque el asombro embarga á los soldados,
No vacilan por ello,
Y con creciente ardor, sus alabardas
Buscan herir al infernal engendro.

El indio, sacudido por la fiebre,
Siente que ya su cuerpo
Vá á desplomarse, pues sus piernas trémulas
Se doblan á su peso,

Cuando, á espaldas del grupo,
Clamó una voz cansada: ¡Detenéos!
Y con la frente cana descubierta
Se vió llegar jadeante al misionero.

Se abrió paso hasta el indio
Tendiéndole los brazos; éste al verlo,
Se aferró á su sayal, dobló la frente
Y en tierra dió con su extenuado cuerpo.

VIII.

Del seno de una nube,
Sus desflocadas orlas encendiendo,
Salió la luna que alumbró piadosa
La yerta faz del infeliz enfermo.

— ¡Tabaré! prorrumpieron los soldados.

— ¡El indio de los ceibos!

— ¡El indio loco!

— ¡El de los ojos verdes!

— ¡El fantasma del cuento!

.....

El fraile la cabeza
De Tabaré apoyó sobre su pecho.
¡Los soldados entonces se engañaban
Al creer que el indio aquel no era un espectro!

CANTO QUINTO.

I.

Desleída en las tintas de la aurora,
La luz se disolvió de las estrellas;
La risa de los cielos
Ha despertado el himno de la tierra.

El ombú, solitario de las lomas,
La copa verde apenas balancea;
El sauce besa al río,
Y el talle esbelto cimbran las palmeras.

Su carnoso ropaje verdinegro
Sacude el canelón de las riberas;
La flor del camalote
Morada y blanca en la corriente juega.

Como gotas de sangre que sonríen,
Las margaritas rojas se despiertan,
Despiertan las azules
Y esas hijas sin nombre de la yerba

De un amarillo y blanco deslumbrantes
Que en el campo se cuentan
Como en las claras noches de Diciembre
Se cuentan en el cielo las estrellas.

Todas las hojas brillan; una savia
Joven y turbulenta
Circula por las cañas y los juncos,
Da ternura á los brazos de la yedra,

Desabrocha las flores de los talas,
Del *guaviyú* y la *ceiba*,
Y alegra el corazón de los palmares,
Y los estambres húmedos revienta.

Los cardos, agrupados ó dispersos,
Levantán las cabezas
Con sus coronas frescas y azuladas
Sobre el tallo espinoso descubiertas;

Y cual ropas tendidas por la noche
A secar en la arena,
Desparramados véñse entre espadañas
Flamencos y gaviotas y cigüeñas;

De dos en dos dispersos y pesados,
O en obscuras hileras,
Se posan en la orilla los *chajdes*
Lanzando á ratos su estridente queja;

Pasea cadenciosa entre los juncos,
Con su rítmico andar, la garza esbelta,
O asoma entre ellos el nevado cuello,
Mientras abre el *bigud* sus alas negras;

Y corren por la arena de la playa
 Esas aves pequeñas
 De largas patas y afilados picos
 Que en su base sutil se balancean,
 Cual si intentaran emprender el vuelo
 Y de ello desistieran,
 Para correr de nuevo por la orilla
 Allí dejando sus ligeras huellas.
 Como vapor en tanto sonoro
 Que en el espacio ondea,
 Los pájaros, como arpas que la aurora
 De las ramas descuelga,
 Dan el cantar del día
 Que en temblorosa ebullición se eleva;
 Nadan en luz las notas
 Y el alma de la luz palpita en ellas.

El día las recoge
 Y las ajusta al ritmo de una idea,
 Y así elabora el salmo indescriptible
 Que eleva á Dios, al despertar, la tierra.

Las islas van brotando lentamente
 Del seno de las nieblas
 Disueltas en la luz; los horizontes
 A través de los árboles se alejan.

La claridad naciente va ganando
 Colinas y laderas;
 Tras ella el sol dispara victorioso
 A través de los aires sus saetas.

II.

¿Quién no siente en el alma
 La fresca sensación de la belleza,
 El dulce descansar de los sentidos,
 El instintivo amor á la existencia?

¿Quién no siente en los labios
 Las sonrisas serenas
 En que la luz y la quietud del alma
 Y el escondido amor se transparentan,

Y esas lágrimas puras
 De luz y encanto llenas,
 Que humedecen los ojos, sin dejarles
 De llanto ni dolor la amarga huella?

III.

Él: TABARÉ el cacique
 A quien las sombras cercan,
 Y á sus pies se retuercen en abismos
 Y en tempestades á su frente ruedan.

Vedlo. Es el indio puro;
 Es el charrúa de la frente estrecha;
 Su sangre afluye al pómulo saliente,
 Su labio tiembla, su pupila humea.

La lucha sostenida
 En la noche anterior, ruda y suprema;
 Las armas asestadas á su pecho,
 Que aun cree astillar entre sus manos yertas,

Todo le encona el alma,
 Todo en ella despierta
 El instinto dormido, el ansia viva
 De libertad, de destrucción y guerra.

Como del fondo obscuro del abismo
 Vuelan las aves negras,
 Del fondo de su alma se levantan
 Las fierezas ingénitas,

Que cruzan por sus ojos
 En el suelo clavados, y reflejan
 En ellos repentinas llamaradas
 Que en sus pupilas encendidas tiemblan.

En vano de sus labios
 Solicito pretende el Padre Esteban
 Oír una palabra que revele
 Un eco al menos de su lucha interna;

En vano á las memorias
 Que otras veces al indio conmovieran
 Ha llamado en su ayuda
 Para tocarle el corazón con ellas:

La mano del recuerdo
 Esa arruga del ceño no despliega,
 Ni separa esos dedos que serpientes
 Enroscadas semejan.

Oye gritos de muerte y de victoria,
 Silbidos de saetas,
 Aullidos de una guerra inextinguible
 Que su enconado pensamiento atruenan;

Ya la sangre charrúa
 Sólo siente en sus venas;
 Pero asoma á sus ojos azulados
 El alma de la dulce Magdalena,

Y la mortal congoja
 Del indio se apodera,
 Y la lucha de un átomo con otro
 Se renueva potente en sus arterias,

Y silba en sus oídos,
 Y estruja su cabeza,
 Y afluye al corazón, y en él estalla,
 Y se difunde por su sér violenta.

.....

IV.

Doña Luz suplicaba
 Al noble capitán que, ensimismado,
 Escuchaba á su esposa, con los ojos
 Clavados, sin mirar, en el espacio.

—Sólo he visto en ese hombre
 Un misterio infeliz, un sér extraño;
 No hallo peligro en él; mas... tú lo quieres..
 TABARÉ partirá, dijo Gonzalo.

—¡Partirá! dijo Blanca;
 ¿Y adónde há de ir el indio desgraciado?
 ¿Qué será de él en el desierto bosque
 Enfermo y solo? ¡No hagas tal, hermano!

¿Y qué mal nos ha hecho?
 ¿Por qué así abandonarlo?
 El pobre TABARÉ no nos ofende....
 ¿Qué vais á hacer? ¿Es una fiera acaso?

—Blanca: tú siempre niña;
 Le dijo Doña Luz ¡Qué! ¿Estás pensando
 Que son capaces de pasiones buenas
 Esos seres, nacidos para esclavos?

¿Piensas, Blanca, que anoche
 No meditaba un crimen ese bárbaro,
 Cuando en las altas horas felizmente
 En vela le encontraron los soldados?

— ¡Un crimen! Nó, por cierto.
 ¡Un crimen Tabaré! ¿Qué estás hablando?
 Tú no has oído, como yo, al charrúa;
 Si lo oyes, Luz, ya no podrás odiarlo.

¡Oh! No arrojéis al indio.
 ¡Lanzarlo para siempre!... ¡Es inhumano!
 Llamad al Padre Esteban; que él os diga
 Si *Tabaré* el charrúa es un malvado.

— ¡Oh! ¡El Padre, el Padre Esteban!
 ¡De masa de indios quiere hacer cristianos!
 ¡Inocente ilusión! Él no imagina...
 ¡No puede ser! Arrójalo, Gonzalo.

Si aún crees que no es culpable
 Después que anoche se le halló velando,
 No le hagas mal; pero, por Dios, arrójalo,
 Dale la libertad; no lo veamos.

Mientras él está aquí, tú bien lo sabes,
 En mi lecho sentado
 Siempre el insomnio, con la faz de ese indio,
 Introduce sus dedos en mis párpados...

.....

V.

TABARÉ entró sombrío...
 Don Gonzalo, que solo lo esperaba,
 Busca al mirarlo entrar, mas busca en vano
 Del indio la mirada,

Que chispea en el fondo
 De la órbita ceñuda, como llama
 Que con espesa obscuridad en lucha,
 Se extingue, reaparece y se dilata.



**Miradlo: entre sus brazos
 Conduce á la española:
 ¡Es Blanca! ¡Blanca, la inocente hermana
 De la tranquila estrella de las lomas!**

— ¿Por qué el indio charrúa
Fué sorprendido anoche por la guardia?
¿Qué buscaba á esas horas?
¿Qué intento lo llevaba?

El indio queda inmóvil en su sitio
Con la cabeza baja.
Repite su pregunta Don Gonzalo,
É igual respuesta: el prisionero calla.

El jefe continuó: — Cuando el cacique
Rompió ante mí su lanza
En señal de amistad, le dí la mía;
¿No he sido fiel á la amistad jurada?

Diga el indio charrúa si el cristiano
A sus promesas falta...
¡Conteste *Tabaré!* ¿Qué es lo que intenta?...
Todo es en vano: el prisionero calla.

— En cambio, el indio amigo
En la alta noche por el pueblo vaga;
Y en la sombra revela de su frente
Que en su espíritu hay sombras, sombras malas.

¿Qué plan revuelve en ellas?
¿Nada en su abono que decirnos halla?
¡Raza maldita! ¿No es capaz entonces
De amor y gratitud? ¿Todo es venganza?

Una terrible lucha
De *Tabaré* en el alma se desata,
Y como el eco de la lucha interna
Suenan un ronco gemido en su garganta;

Pero calla. Temblor imperceptible
Discurre por su carne. Onda del alma
Llega á su cuerpo enfermo, como mueren
Las olas en la playa.

Compasivo, sin odio,
El capitán al indio contemplaba;
Mas recordando el ruego de su esposa,
— Pues bien, gritó, con expresión airada,

Ya que el indio charrúa
Nuestra amistad rechaza,
Vuelva á sus bosques á enconar sus flechas,
Vuelva á buscar las fieras sus hermanas.

El español no quiere
Violar un punto la amistad jurada;
Pero verá en el indio á su enemigo,
Al eterno enemigo de su raza.

Vaya libre á su selva,
Pues no hay amor ni gratitud en su alma;
Pero jamás donde el cristiano aliente
Torne á posar la sigilosa planta.

Don Gonzalo partió. Quiso en el labio
De *Tabaré* asomar una palabra;
Alzó la frente.... ¡y la inclinó de nuevo!
Mudo y sombrío abandonó la estancia.

CANTO SEXTO.

I.

Tras los bosques de acacias de las islas
Se esconde el sol; en las más altas ramas
Deja un toque de luz anaranjado,
Y polvo de oro en las dormidas aguas.

Tiemblan en los vapores al perderse
De los cuerpos las líneas esfumadas;
Cruzan hácia las islas las bandurrias,
Los cisnes, y los patos, y las garzas,

Que, ya á lo largo del bruñido río,
Casi rozando el agua se adelantan,
O forman, en la altura que atraviesan,
Simétricas y largas caravanas.

El Uruguay se envuelve en su neblina;
Llega al nido en silencio la calandria;
Buscando su nocturno alojamiento,
Aletea la tórtola en las ramas.

Los flexibles y esbeltos sarandíes,
En su alfombra de juncos y espadañas,
Abrigan al dormido camalote
Cuyas hojas se extienden sobre el agua.

Los zorzales se esconden; á lo lejos
Gritando el teru-tero se agazapa;
Sale á pacer la nutria, y el carpincho
Deja su cueva al pie de la barranca.

Cual sobre dos abismos reflejados,
En la orilla los sauces y los talas
Sobre un cielo proyectan sus cabezas,
Y en otro cielo sus raíces bañan.

II.

Entretanto, la frente sobre el pecho,
Y el caos en el alma,
Tabaré cruza el pueblo lentamente;
Vuelve á su selva, á su salvaje patria.

Va sombrío y huraño y silencioso.

El monje lo acompaña.

¿Por qué esa sombra, cuando va á ser libre,
Libre como el venado de la pampa?